

UNIVERSIDAD Y DESARROLLO

Por

R. P. FERNANDO STORNI S. J.

Sean mis primeras palabras de agradecimiento por el honor hecho a mi persona y a la Universidad Católica de Córdoba con la invitación a participar en este Ciclo organizado por el Departamento de Extensión Universitaria de la Universidad Nacional del Litoral sobre Universidad y Desarrollo, agradecimiento por provenir de una Universidad que, si bien cumple 50 años como Universidad federal, tiene raigambre centenaria en nuestro colegio de la Inmaculada y finisecular en la apetencia nativa por el saber, propio de esta ciudad de la Vera Cruz.

Hoy esa Universidad remozada, no agotada, por una poda, sino precursora de brotes más perfectos, encara su desarrollo y su progreso acorde con el de su ciudad y de su región para servirla mejor.

No debemos olvidar la historia de la Universidad Nacional del Litoral porque ella nos indica que no hay Universidad sino donde los grupos sociales están contestes en realizar un esfuerzo para superarse a sí mismos y contribuir, a través de la ciencia, al mejoramiento de todos. Permitidme entonces que, en nombre de la naciente Universidad Católica de Córdoba, que acaba de cumplir su décimo aniversario como primera universidad privada reconocida oficialmente, rinda homenaje a la Universidad Nacional del Litoral y le augure para su nueva

época, lauros reverdecidos en el servicio mejor a una región llamada a ejercer una influencia cada vez mayor sobre la marcha general del país y de América Latina.

Al entrar en el tema de la exposición quería señalar lo que significa la Universidad en nuestro país y en su futuro.

La Universidad, como Uds. saben, nació con la conquista; con la ocupación hispánica del territorio de los argentinos y desde entonces siguió los caminos y los avatares de la historia argentina, de tal manera que la Universidad argentina ha estado presente en el desarrollo de nuestro propio país. Aún en la época de exilio, la Universidad Chilena formó hombres que después desarrollaron y contribuyeron al progreso del país, como en el caso típico de Alberdi. El interés por la ciencia en nuestro territorio es innegable. En los primeros tiempos las grandes figuras fueron ejemplo de preocupación por el orden meramente científico, como el caso de Sánchez Labrador, medio siglo antes de Félix de Azara; el caso del padre Pedro de Oñate, con su primer libro "De Contractibus", que se escribe en los territorios de los argentinos y toca una serie de preocupaciones, de inquietudes, de investigación en la primera época de la colonia, (Cfr. "La Ciencia en la tierra del Chajá", Mariano Castex (h.) S. J.). Esta primera época de la civilización hispánica nos permite prever que el territorio de los argentinos —a pesar de la pobreza de sus medios materiales— estaba, sin embargo, encuadrada hacia una necesidad de comprenderse mejor; de comprender mejor a la región. Esto es bueno destacarlo, porque nos está señalando que atávicamente podríamos decir que en el país hay una conciencia de crecimiento en el orden científico y de tal manera la preocupación científica acompaña los pasos que se van dando en el país, que es necesario que nosotros lo recojamos como un imperativo de nuestra propia historia. En ese sentido el país, a pesar de su pobreza de los primeros tiempos, nunca quiso descuidar la preocupación de un mejor conocimiento científico de las zonas en las cuales se iba incorporando o se iba realizando el país de los argentinos. Esto es muy importante, por-

que implica para nuestra generación un desafío que es necesario saber aceptar ante el progreso tecnológico y científico del mundo entero y que, así como en el 1600 no podíamos decir: "que hagan la ciencia otros países y no hagamos nada acá", al contrario, en esa época, ya se tuvo la preocupación científica y hoy tendríamos que repetir lo mismo.

No podemos pensar por lo tanto que, debido a la escasez de nuestros recursos meramente materiales, tengamos que dejar el progreso de la ciencia en manos de otros, porque cada vez más cierto que la grandeza de un país está dada por la inquietud de la inteligencia aplicada al desarrollo del propio país a través de la ciencia. Indudablemente por el tema que me ha tocado, la Universidad y la preparación del individuo para el progreso económico y social del país, conviene señalar en los vericuetos de la historia, el papel que tuvieron los universitarios en la realización del país. Basta pensar en la pléyade de hombres de la Organización para encontrar en ellos esta preocupación por el desarrollo.

Desde Alberdi, como el gran teórico, hasta Roca, el político práctico por excelencia, nos encontramos con una generación que quiso realizar un país y que empleó para eso los mejores medios científicos que se daban en ese momento, O sea, que el país que se organizó a partir del 80, es un país que vive la conciencia de la necesidad científica.

Estábamos festejando hace pocos días en Córdoba precisamente el centenario de la Academia Nacional de Ciencias creada por Sarmiento y Avellaneda y que fueron precisamente a buscar científicos extranjeros para dar en el centro del país la sensación de la necesidad de un conocimiento mejor de él para su pleno desarrollo. Quiere decir que esa generación se preocupó del progreso económico y social del país y de un país determinado, como es el que nosotros vivimos.

Es indudable que cuando se entra en la historia, se entra en un terreno todavía hoy, muy combatido y muy discutido entre nosotros, pero creo que es necesario que en un gran

gesto argentino sepamos aceptar todo lo bueno que se ha hecho a través de las generaciones y convencernos que no podremos desarrollar mejor nuestro país si no es precisamente aceptando lo hecho y viendo qué es lo que necesitamos cambiar, para poder mantener y desarrollar mejor todavía el país que tenemos en nuestras manos. Considero que en el tema o en el título de mi tema, la Universidad está unida a la preparación del individuo; saber qué individuo prepara la Universidad.

En el siglo pasado y a principios de este siglo es indudable que el individuo formado por nuestra Universidad, por la Universidad argentina, se inspiró en la mayoría de los casos, en el concepto bonapartista napoleónico de la Universidad, o sea que, siguiendo el ejemplo de Francia, en nuestro país se hizo una Universidad encaminada o destinada a formar a los hombres para el estado: los funcionarios, los oficiales del Estado. Por eso la insistencia, digamos así, de formar ante todo abogados, porque lo que se necesitaba en el país era precisamente un orden jurídico y entonces la Universidad tenía que dar ese tipo de profesionales; en segundo lugar se vio la necesidad de la salud y por eso la insistencia en la Medicina. Las demás carreras han ido surgiendo posteriormente y lamentablemente lo que ha quedado siempre en un nivel de medianía, ha sido la pura investigación, porque siguiendo el ejemplo de la Universidad Napoleónica, se insistió primero en la formación de servidores del estado y en segundo lugar se preparó o se insistió en la formación de profesionales. Estos dos aspectos, insistamos pueden ser criticados hoy, pero no es necesario criticar lo de ayer para corregir o para mejorar lo que debemos hacer en el momento actual. Por lo tanto a esa Universidad la tenemos que aceptar como que cumplió una función en su momento y que la cumplió de la mejor manera que podía ser. Desgraciadamente —y esto sí lo tenemos que reconocer— esa Universidad, por la atracción que fue produciendo Buenos Aires sobre el país, fue una Universidad mimitica, es decir, volcada hacia el molde de los modelos ex-

tranjeros. De esta manera la Universidad desgraciadamente quedó un poco de espaldas al país; de espaldas a las verdaderas necesidades del país. Este es un elemento que tenemos que tener en cuenta. ¿Cuál fue el resultado más grave de esta situación?, es, por ejemplo, la que estamos sufriendo actualmente en el orden agrícola-ganadero, en el orden de la principal riqueza del país. Juntamente con esta principal riqueza nos encontramos con una gran escasez de orden científico y técnico. La escasez de Ingenieros Agrónomos en el país es alarmante y el hecho de que las nuevas generaciones todavía no se inclinen a un estudio científico del orden de la naturaleza para aplicarlo a lo agrícola-ganadero, sigue siendo una preocupación que tenemos que tener siempre presente.

Universidad además que, por estar relacionada de una manera demasiado estrecha con el Estado, ha sufrido al mismo tiempo los vaivenes de la política, con un desplazamiento en muchos casos de profesores que no han contribuido al desarrollo de la ciencia.

No tenemos que ir muy lejos para ver cómo en una Universidad era cambiado su plantel de profesores alrededor del año 45 y cómo ese mismo movimiento se volvió a producir en el 55, es decir que, la Universidad, por estar sometida de una manera demasiado directa al Estado, sufría los embates y los vaivenes de la política.

Fijémonos que en el año 55 este vaivén político permite y —hay que reconocerlo— que precisamente las Universidades privadas surjan entonces, con una fortaleza que no hubieran tenido de otra manera; indudablemente un resultado que seguramente no esperaba, pero ya en el 45 hubo quienes, sobre todo los argumentos dados por Sánchez Viamonte, hubo quienes repito, se dieron cuenta del peligro que significaba una Universidad demasiado en manos del Estado, por ser una Universidad orientada a formar profesionales y sobre todo a formar los funcionarios del Estado. Esto quiere decir que hoy se debe plantear muy seriamente la Universidad Argentina, el problema de su autonomía de la ciencia, pero para

eso la Universidad tiene que afrontar el gran riesgo, la gran responsabilidad de la investigación científica. La Universidad argentina, sin distinciones, tiene que asumir la responsabilidad de que su función primordial es la investigación de la ciencia y de la ciencia en todas las gamas de su espectro, es decir, que de ninguna manera puede hacerse una Universidad pensando meramente en profesionales, sino que la Universidad debe hacer y debe profundizar en su esencia en una búsqueda de la ciencia que necesita el país en este momento determinado y sobre todo para que en la búsqueda de la ciencia, la mentalidad del hombre argentino no esté como hasta ahora atraída por el sentido utilitarista de la profesión, sino precisamente por el sentido desinteresado de la ciencia y de la investigación.

En el orden agrícola-ganadero el país tuvo que hacer el esfuerzo de crear el Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria (I.N.T.A.) precisamente al ver que las Universidades no realizaban el trabajo de investigación y de extensión que es propio de la Universidad y de la docencia. Y entonces en el país surgieron una serie de organismos en busca de solucionar el problema de la Universidad; no en la Universidad misma sino creados fuera de la Universidad.

Nosotros creemos que la Universidad argentina, en estos momentos, tiene que asumir plenamente la conciencia de sus tres grandes funciones: la función investigadora, la función de docencia y la función de extensión.

La Universidad necesita de la investigación, no solamente como una excusa para estar buscando la ciencia, mejorando y progresando en la ciencia, sino para acostumbrar a sus estudiantes y profesores a develar los misterios de la ciencia y de la realidad nacional sobre la cual se aplica esa ciencia. Desgraciadamente por no tener y no tomar contacto con la ciencia en los años universitarios, nosotros hemos creído muchas veces que la solución de los problemas típicos de una región o de un país podrían lograrse a través de un mero barñiz del conocimiento de una profesión y esto es muy grave.

Nuestros estudiantes y nosotros, los que hemos sido estudiantes de la Universidad Nacional, hemos sentido que por el solo hecho de ser universitarios, se nos daba ya la posibilidad de solucionar los problemas del país; de solucionarlos después de haber tenido mediocre o excelentemente, un contacto con la profesión y no con la investigación. Porque los que hemos estudiado en la Universidad Nacional o en cualquier Universidad hasta el día de hoy, hemos tenido un contacto muy pequeño con cada una de las ciencias que forma la base de la profesión. Nos han preparado para ser abogados, para ser médicos, pero no nos han preparado para ser investigadores en el orden jurídico, para ser investigadores en las ciencias médicas, para ser investigadores en las ciencias sociales o humanas en general. No se nos ha formado un espíritu investigador y ¿cuál es entonces el peligro? El peligro está en que, por considerarnos pertenecientes a la élite encargada de dirigir al país, hemos creído que se lo podía hacer a través de frases hechas, o a través de un conocimiento mediocre de las causas profundas de los problemas que aquejaban al país. Indudablemente que ha habido excepciones, eso no lo podemos discutir, gente que se ha ido despertando a la vocación científica, pero aquí estamos hablando del hombre medio, del tipo medio preparado por nuestra Universidad, y entonces la mayoría de nosotros —no aquéllos seres privilegiados que por su capacidad entraron realmente por el camino de la investigación—, la mayoría de nosotros digo, tenemos que reconocer que no hemos tenido nunca el apetito por la investigación, el apetito por la profundización en el campo que nos correspondía asumir.

De ahí —y me voy a permitir hacer esta afirmación, gracias al medio ambiente en que me encuentro—, que el hecho de que el país sea gobernado desde hace tiempo por militares y sindicalistas, no nos tiene que llamar la atención, porque precisamente son dos grupos sociales que han tratado de mantener en sus equipos dirigentes una capacidad cada vez mayor de reflexión.

En el ejército, en las fuerzas armadas, es necesario para ascender pasarse un año estudiando; eso no lo hacen otros grupos sociales. Me he quejado repetidas veces a grupos de empresarios por el hecho de que son incapaces de realizar el sacrificio de tomar a un grupo de empresarios, a los cuales vean con capacidad de dirección y hacerlos estudiar, durante un año, los grandes problemas que aquejan al país. Es decir que son incapaces, con ese grupo de empresarios, de hacerlos estudiar para mantenerlos en una actitud inquisidora, investigadora con respecto a la verdad.

No digamos nada de los sindicalistas quienes, acostumbrados a tomar un contacto concreto con la realidad y reflexionar a menudo amargamente sobre ellas, después de años de dedicación a la tarea directiva que nunca dejan, que nunca abandonan sin seguir cursos y dirigirse a escuchar opiniones aún en países extranjeros, esos dirigentes sindicalistas tienen en su modo de pensar y de hablar un sentido realista que muchas veces el universitario no lo tiene. Y no hay nada más triste que ver a nuestros universitarios dejarse arrastrar por frases hechas que ellos mismos son incapaces de comprender en su profundidad, porque no tienen la capacidad de investigar, de incursionar sobre las realidades propias del país.

Esta situación nos plantea entonces el problema de cuál es el individuo que nosotros querríamos que la Universidad formara y si nosotros hemos puntualizado lo de la investigación es precisamente porque sostenemos que la investigación forma un tipo de hombre especial. Casi podríamos decir que la ciencia, en cuanto a investigación, es hoy en día uno de los grandes medios de la formación de un individuo con capacidad de entenderse con sus semejantes y de ponerse al servicio de las necesidades de su país. Esto es muy importante porque nuestra Universidad hasta hoy ha formado un tipo de hombre individualista y profesionalista, que se dedica sobre todo al ejercicio de una profesión; es cierto que lo hace al ser-

vicio de los demás, pero con la preocupación de que ese servicio a los demás, redunde rápidamente en un honorario, en un beneficio.

Esto significa que todavía estamos en un estadio individualista, que para otra época del país y del mundo pudo haber tenido sus buenos elementos, sus buenas capacidades. Pudo serlo para un país de inmigración, para un país que afirmaba la individualidad de los universitarios, pudo tener una misión; pero esa misión ya hoy es imposible de aceptar. Hoy el mundo no avanza por grandes individualidades, ni siquiera la ciencia, sino que siempre se mueve a través del juego de equipo, de científicos que mutuamente se apoyan para lograr el desarrollo de la ciencia, lo que al mismo tiempo está implicando por parte del investigador, una actitud de humildad, una actitud de reconocimiento al constatar que la verdad no la tiene él solo completa, sino que debe precisamente estar esperando del otro lo que puede completar su conocimiento de la verdad, su conocimiento en la investigación que va realizando.

El ejemplo más típico y claro del mundo contemporáneo es precisamente la investigación en torno del descubrimiento de la explosión nuclear, de la utilización de la energía nuclear para fines pacíficos. ¿Cómo se llegó a la bomba atómica? Es imposible deducir quién es el inventor de la bomba atómica, porque llegar a la bomba atómica significó que varias universidades fueran entregando el pensamiento más avanzado de sus equipos de trabajadores en el orden nuclear para que, finalmente, en un gran esfuerzo, también realizado en equipo, se pudiera lograr esa explosión, a la que inmediatamente los mismos científicos trataron de buscarle su sentido pacífico.

Si esto es la realidad del mundo contemporáneo, es indudable que la Universidad argentina tiene que pensar que ella está encargada de pensar en un nuevo hombre para un nuevo país. Este es el segundo punto que querría destacar.

Nosotros tenemos hecho un país, pero tendríamos que plantearnos en todas las Universidades cuál es el país que quere-

mos formar. Indudablemente que si nosotros miramos el siglo pasado, miramos este país deshabitado, este desierto, como lo llamaba Alberdi y comprobamos lo que es hoy la Argentina, por lo menos en alguna parte o porción de su territorio, tendremos que reconocer que la aventura argentina es uno de los aspectos más destacados del siglo XIX y de principios de este siglo. ¿Por qué? Porque de un desierto nos hemos convertido en un gran país exportador o en un gran país productor de materia prima y al mismo tiempo hemos desarrollado una cultura y una infraestructura material de importancia dentro del concierto de las naciones y especialmente en América Latina.

Esto es el país que tenemos, un país que fue creado en relación con lo que se llama, con François Perroux, la economía dominante; economía dominante del siglo pasado, en un país creado para abastecer de materia prima a un foco principal de industria. Por lo tanto, la relación Argentina-Inglaterra es una relación que aceptó la generación del 80 para transformar a este país deshabitado en un país que ingresara en el concierto de las naciones.

Esto se propuso y eso se realizó y para hacerlo se creó una infraestructura portuaria que es la que hoy en día vivimos o, si Uds. prefieren padecemos, o sea, la creación de un gran hinterland al servicio de un puerto; política y objetivo que se buscaron y se lograron.

Perimido hoy en día ese sistema de economía dominante, de relación bilateral de países, nos encontramos con que en el mundo las relaciones se establecen actualmente por bloques. Ya no existen países, sino que existen bloques: el bloque norteamericano, el bloque europeo, el bloque comunista, el bloque africano, los bloques asiáticos. Y ahí viene el problema para nosotros; en medio de esos bloques aparece un bloque todavía muy desorganizado, todavía muy informe, que es el bloque latinoamericano. Y nosotros los argentinos tuvimos la tremenda responsabilidad de haber sido una de las partes que con más decisiva influencia intervinieron para lograr que ese bloque latinoamericano existiera, porque nuestro San Martín es el

hombre que comprende que la Argentina no se puede realizar sino es a través de su ayuda a los otros países de América Latina. Hubiera sido muy fácil para la Argentina mantenerlo a Güemes en el norte y proteger los Andes, pensando que por ahí no se podía cruzar hacia nosotros y tratar de desarrollarnos a través de esas defensas. En vez de eso la Argentina se juega en el concierto de las naciones latinoamericanas a través de su desplazamiento hacia Chile y Perú.

Tuvimos entonces el momento de grandeza; fue el momento en el cual nos descuidamos a nosotros mismos para saber servir a América Latina.

De hecho estábamos correspondiendo de alguna manera a la civilización que nos había llegado a través de América Latina. No olvidemos que nuestra civilización primigenia, no nace del puerto, sino que nace del interior de América Latina. Santa Fe y Asunción son un signo de eso. La fundación de Córdoba desde el Virreynato del Alto Perú, es otro signo; la Intendencia de Cuyo, con su dependencia de Chile, es otra señal de que la Argentina o el territorio de los Argentinos, fue civilizado por América Latina y nosotros devolvimos a América Latina ese regalo de civilización a través de su independencia que llevamos con San Martín.

Hoy nos preguntamos si precisamente el problema del bloque latinoamericano no nace del hecho de que la Argentina no ha terminado de definirse como potencia Latinoamericana, o sea que no ha definido y afirmado que su destino está ligado al destino de América Latina. Vivimos y hemos vivido mucho tiempo dándonos cuenta de que nuestro progreso estaba ligado por nuestra política a los países europeos. Hoy nos preguntamos si eso es posible, es decir, si se da todavía su factibilidad en la realidad actual mundial. Nosotros creemos que no. Creemos que la Argentina va a tomar nuevamente impulso en la medida en que se de cuenta que el esquema por el cual logró su desarrollo fue, a través de una política objetivamente aceptada por la generación del 80, que le permitió el desarrollo de ese trozo de la Argentina que constituye más o menos un

triángulo y cuyos vértices son Rosario, Córdoba y podría ser Mar del Plata. De ahí mirando hacia el océano, nos encontramos con un país desarrollado, a pesar de que allí mismo hay muchas cosas sin desarrollo. Pero fuera de ahí nos encontramos prácticamente con otro país, con un país con su prolongación hacia Santa Fe y el Túnel Subfluvial que es una muestra de una infraestructura en contra de la anterior, pero que fundamentalmente es un país absorbido por el Puerto.

¿Cómo vamos a reaccionar? Tenemos que realizar el gesto Latinoamericano que nos permita sentirnos jugando nuestro destino con el destino de América Latina. Esto también es una función de las Universidades. Las Universidades son hoy las encargadas de crear la nueva imagen del país de los argentinos. Aquella imagen que creó Alberdi con toda su generación, que realizó sobre todo Roca y a la cual aportaron su esfuerzo Sarmiento, Avellaneda y Mitre y todos los demás, ese país está terminado no porque ése fuera malo o porque fuera liberal o porque fuera individualista, sino pura y exclusivamente porque el concierto mundial ya no se realiza sino a través de las líneas de los bloques y por lo tanto la Argentina no podrá realizarse sino por su integración con ese bloque latinoamericano en el cual le toca vivir.

¿Qué significa esto? Significa que nuestras Universidades deben asumir la responsabilidad de esa política, de esa orientación, de esa toma de conciencia por parte del hombre argentino con respecto a su responsabilidad en el concierto mundial. Es cierto; nosotros hemos proclamado: "América para la Humanidad", pero esa América para la humanidad tiene que realizarse a través del servicio que nosotros prestemos. En primer lugar a América y a través del servicio que nosotros prestemos a América, prestarlo a la Humanidad.

Hay una humanidad en nuestras fronteras y es necesario que nuestras Universidades comprendan su responsabilidad con respecto a esas mismas poblaciones fronterizas. A través de estas afirmaciones, tanto con respecto a la investigación, como con respecto al país que queremos formar, hemos querido, sin

embargo, estar señalando las actitudes mentales, la formación que el hombre universitario argentino debe darse para cumplir con estas misiones, es decir, la misión de investigación y la misión de integración de América Latina como un bloque necesario para el concierto de las naciones mundiales. Esto implica, por parte del hombre argentino, actitudes mentales diferentes. Quiere decir que no se dará investigación y no se dará integración latino-americana si el hombre argentino y el hombre universitario por excelencia no entra en la consideración de que su función como universitario es precisamente la investigación, tanto en el orden científico, como en el orden político y el de las ciencias humanas y por lo tanto, mientras nosotros no le demos al universitario la posibilidad de desarrollarse en estos dos sentidos, la Universidad Argentina seguirá siendo una universidad de espaldas al país, porque no estará viviendo las grandes misiones y los grandes objetivos que el país de los argentinos tiene que cumplir.

De ahí la urgencia de esta tarea, la urgencia del trabajo de investigar más y mejor en las universidades en todos los campos y la tarea de formación de una imagen del país que en el siglo pasado la dio un grupo de hombres geniales y que en este siglo y en el siglo XXI no se va a realizar sino a través del trabajo y en equipo y el trabajo interdisciplinario. Para comprender la complejidad de los problemas latinoamericanos y argentinos lo haremos únicamente a través de un trabajo en equipo, de un trabajo interdisciplinar.

Es por eso que la Universidad de hoy, la Universidad argentina, se enfrenta con la necesidad de crear en sus estudiantes, en sus profesores y en sus graduados, la conciencia de su misión.

Pensemos en primer lugar en los graduados, porque muchas veces la Universidad considera que su función ha terminado al entregarle al profesional su título y esto desgraciadamente, en el mundo de hoy, es una aberración, porque lo que le podemos enseñar al estudiante en sus años de estudio en la Universidad, es mínimo con respecto a todo lo nuevo que tie-

ne que aprender. Desde el día que sale de la Universidad, la educación prolongada, la educación continua del egresado, tiene que ser una función esencial de la Universidad. De ahí nace la gran importancia del Departamento de Extensión que abarca también todo el aspecto de post-graduados, asumiendo por lo tanto la Universidad, no meramente la formación de profesionales, sino que asume el ser y el transformarse en conciencia científica y técnica de un país, apoyando el mejoramiento de sus profesionales y atrayéndolos hacia la ciencia, hacia la investigación.

Es imprescindible que el estudiante de hoy tome contacto en algún momento de su carrera con la investigación, más seria, más pura que se le puede ofrecer porque es necesario que le quede —por lo menos al que no va a ser un mero profesional—, la conciencia de que las cosas son mucho más difíciles de entender que lo que generalmente ocurre o nos parece.

Es necesario profundizar más para comprender en su totalidad un problema y ese contacto con la investigación se lo tiene que dar la Universidad.

Por eso ¿cuál es el hombre (no el individuo) que queremos formar para el desarrollo en nuestro país? Considero que tiene que ser un hombre que abandone su individualismo, su egoísmo y que busque realmente profundizar en las realidades de la ciencia de su país de una manera mucho más profunda. Nosotros, indudablemente desde nuestro punto de vista católico que ofrecemos dentro del pluralismo de nuestra sociedad, como uno de los medios para lograr ese hombre, por nuestra filosofía y nuestra teología, es indudable que concebimos al hombre con un gran optimismo. Porque no es el hombre meramente del pecado original, sino que es sobre todas las cosas el hombre de la redención; el hombre por el cual Dios ha derramado su sangre. Y este hecho hace que el hombre no pueda vivir sin una gran conciencia de superación, dado que el problema planteado por el catolicismo al hombre, es el problema de su constante superación, porque la imagen del hombre, el

ideal del hombre que el catolicismo presenta no es nada más ni nada menos que el mismo Dios. Por lo tanto, en nuestra conciencia y en nuestra filosofía y teología católica, nosotros ponemos en el estudiante la imperiosa necesidad de superarse constantemente y es hecho de progreso que anhelamos todos los hombres está acicateado por la filosofía y la teología católica.

Quiere decir que esta filosofía está implicando, por parte del hombre, un sacrificio constante de superación, de superación no solamente individual, sino en el ejercicio de la caridad con respecto a los demás y el profesional, el investigador, el hombre político, tienen que vivir plenamente su conciencia de servicio a los demás; su conciencia de caridad hacia los demás.

Y este es el punto en el cual las Universidades católicas ofrecen a la comunidad pluralista argentina una concepción del hombre por la cual aparece la necesidad de lo interdisciplinar; la necesidad del trabajo en equipo, como un resultado de esta filosofía y por ende, el servicio a América Latina como una toma de conciencia del servicio a los hermanos es decir, de la caridad.

Por eso, el hombre que la Universidad argentina tiene que formar hoy, es un hombre que comprenda que su función en el mundo está marcada por el servicio a los demás. Ese servicio a los demás que implica una tarea constante contra uno mismo, un trabajo constante para poder unir y trabajar con otros, ser capaz de sentir que el otro tiene siempre algo que decirme y esto para desarrollar un hombre con términos modernos, inversamente al hombre unidimensional del que habla Marcuse. Porque el hecho de que el hombre sea cada vez más persona, tiene el sentido de que se da, cada vez más cuenta, que tiene que servir al otro y al servirlo no puede hacer otra cosa que comprender o aceptar en el otro un valor de absoluto. De esta manera se elimina la unidimensionalidad del hombre. Ya no es el hombre en sí mismo, sino que es el hombre en contacto con el otro y a través del otro en contacto con el absoluto. Si nosotros somos capaces de entregar nuestra vida

por otro, es porque en el otro, en el hombre, descubrimos que hay algo superior a él mismo como decía Pascal, porque descubrimos que el hombre es embajador de Alguien —como dice Saint Exupery— es el que nos muestra la imagen de algo superior a él mismo y a nosotros mismos, es decir, la imagen misma de Dios.

Ser capaces por lo tanto de vivir en profundidad la idea del servicio a los demás, es la única salvación para este hombre de consumo, para este hombre unidimensional, que el desarrollo de algunos países ya ha producido desgraciadamente y contra el cual nosotros todavía estamos en condiciones de reaccionar. Para esa reacción las universidades argentinas tienen una enorme tarea que cumplir, porque son las creadoras de una nueva imagen del país y las creadoras de una nueva imagen del hombre argentino.

Dios quiera que todos emprendamos seriamente tal tarea.